



¡DEJÉMONOS CONducIR POR EL ESPÍRITU DE DIOS!



Queridas y queridos jóvenes

Nos alegra mucho poner en tus manos un mensaje para esta celebración tan importante en la Pastoral Juvenil. Siempre es una alegría celebrar Pentecostés, pero este año tenemos un ingrediente especial: en el camino que vamos haciendo como discípulas y discípulos misioneros de Jesucristo, estamos llamados a ser "Peregrinos de la esperanza". Pero **¿qué significa seguir a Jesús en la esperanza?** Creemos que la experiencia de los primeros discípulos nos regala el rumbo.

Celebrar cada año Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua del Señor, nos lleva a recordar el nacimiento de las primeras comunidades cristianas. Esta fiesta nos remonta a la experiencia que vivieron nuestros hermanos mayores, los discípulos, al recibir la confianza y la confirmación apostólica a través del amor de Dios en su Espíritu Santo.

Lucas, en el libro de los Hechos, nos cuenta que los apóstoles llevaban varios días entregados a la oración, compartiendo unos con otros -en un mismo espíritu- el amor recibido del Señor.

La imagen comunitaria de encuentro y oración que nos regala el texto de Pentecostés es bella, pero tiene un agregado especial: los discípulos estaban incomunicados con el mundo exterior. En ese contexto de oración, pero también de encierro, es cuando irrumpe una inspiración profunda, llena de creatividad, que les hace replantearse su vida apostólica y comunitaria: **¿Estamos llamados a vivir aislados del mundo?**

No sería extraño pensar que los discípulos, en medio de esa atmósfera de oración y discernimiento, recordasen las palabras de Jesús resucitado: "Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las naciones" (Mt 28, 19). Quizás nosotros, en nuestras comunidades podríamos preguntarnos también: **¿cómo está nuestra vida apostólica?, ¿qué acciones concretas realizamos para compartir, en nuestras comunidades, la Buena Nueva de Dios al mundo?, ¿qué dificultades o qué posibilidades vemos en la misión?**

La experiencia reveladora de Pentecostés es descrita con símbolos que pueden resultarnos extraños. Nos cuenta de “un ruido como una impetuosa ráfaga de viento” y también de la aparición de “lenguas como de fuego” (Hch 2, 2-3). Lo cierto es que todos nosotros, en algún momento de nuestras vidas de comunidad, hemos sido tocados por un hecho asombroso, difícil de explicar, pero que en nuestro corazón lo reconocemos como experiencia divina. Lucas, inmerso en el asombro y ante la imposibilidad de describir con sus propias palabras aquel encuentro divino, recurre a imágenes ya presentes en el lenguaje de su época y que podemos encontrar en el Antiguo Testamento: Dios como ráfaga de viento, Dios como fuego (Ex 19, 16-19).

Así, el Espíritu de Dios entró “como un fuerte viento”, con fuerza, ocupando cada espacio del hogar, cada rincón de aquella intimidad comunitaria, para manifestarse en cada uno, sin falta, y regalarles el don de lenguas. ¿Qué quieren decir estas palabras? Creemos que ambos símbolos, el fuerte viento y la diversidad de lenguas, comparten una misma característica: llegar a todo lugar posible, abarcarlo todo. Así, Dios impulsaba a los discípulos a llevar su Buena Nueva a toda la humanidad, revelando la importancia de la vida en misión para quien desee ser discípulo de Jesucristo.

Cada uno de los discípulos, y todos de manera distinta, reciben un lenguaje ajeno para entregar una única Palabra salvadora ¡Qué bendición y qué trabajo arduo debe haber sido para la Iglesia primitiva comprender que, en la diversidad, el proyecto de Dios logra expandirse!

Sin dudas, la confianza que Dios deposita en sus discípulos, en la imagen de la diversidad de lenguas, trae consigo una clave para la misión: aprendan a hablar el lenguaje del otro. O quizás podríamos ir más allá: llevar la Buena Nueva es también captar la realidad del otro. Mucho tiempo nos llevó comprender como Iglesia que la Palabra no debía imponerse a los demás, que la Palabra no era del todo pertenencia nuestra y que la Palabra, antes de enseñarse, se comparte. Seguramente muchos de nosotros llegamos a participar en nuestras comunidades porque alguien nos compartió su experiencia de Dios, hablándonos en un lenguaje que nos hizo sentido, que se conjugó con nuestros deseos, afectos y expectativas. No olvidemos el amor con que fuimos recibidos, porque allí está también la fuente de nuestra propia vida apostólica.

Podemos, entonces, hacer el ejercicio de mirar nuestro tiempo en comunidad, volviendo a pasar por el corazón tanto bien recibido. Agradecemos a quienes sostienen nuestra fe con su abrazo y su escucha; agradecemos a quienes nos conmueven con su ejemplo de amor y servicio; hombres y mujeres que dan testimonio de Dios, porque han abrazado el ejemplo de Jesús (Jn 15, 27).

Si para Lucas, Dios llenó el hogar con la fuerza de una “impetuosa ráfaga de viento”, e impulsó la misión de los discípulos con “unas lenguas como de fuego”; podríamos nosotros también nombrar el modo en que Dios nos impulsa a la misión: **¿existe alguna necesidad en la sociedad, en la región, en el barrio que vivimos, por la cual Dios nos esté llamando a compartir su Buena Nueva?, ¿creemos que es necesario, en nuestra vida comunitaria, salir al encuentro de los demás?**

Hoy, en nuestras comunidades, y al igual que los primeros discípulos, somos llamados a dejarnos mover por el impulso de Dios. Creemos que en cada Pentecostés el Señor nos invita a replantear, creativamente, nuestro ser discípulos-misioneros, y así buscar los modos para que su mensaje de amor y justicia llegue a todas y todos.

Nos alegra y llena de esperanza saber que, como Pastoral Juvenil, e inmersos en esa revelación, es que tendremos la oportunidad de vivir nuestro propio Pentecostés. La próxima Jornada Nacional de la Juventud (JNJ), a realizarse el 2025 en La Serena, será un momento único de encuentro en el que, al igual que los primeros discípulos, nos reuniremos jóvenes provenientes de diversos lugares para compartir en un mismo espíritu. La JNJ no sólo pretende ser un momento de encuentro y oración para vivirlo aislados del mundo, sino también una experiencia de misión. Somos discípulos-misioneros de Jesús y con ellos portadores de esperanza en el camino de la vida. La JNJ será una experiencia de Iglesia para celebrar y vivir animados por el Espíritu de Dios, siguiéndole a donde nos lleve (Ga 5, 25).

Creemos, con la fuerza del Espíritu, que no existe un tiempo desafiante, no existe un momento oportuno, pues la historia de las primeras comunidades así lo refleja. Siempre habrá un ahora, sin importar cuándo, que exigirá dejarnos “conducir por el espíritu de Dios” (Ga 5, 16), para que su Palabra, Buena Nueva de esperanza, llegue a cada corazón.

Jóvenes queridos, Dios es quien invita a transformar la humanidad, Dios es quien llama a construir la “civilización del amor”. ¡Dios se vale de los dones que les ha regalado y confía en ustedes! Por eso, vayan y lleven la Buena Nueva a todos los rincones.

Dios les necesita, Dios les impulsa, Dios acompaña y conduce. Vayan alegres, caminen y compartan la Buena Nueva de Dios. Sean Peregrinos de la esperanza.



Comisión Nacional de Pastoral Juvenil
Domingo 19 de mayo de 2024, Fiesta de Pentecostés

